

da de ser fieles y honrados, por cuyo motivo han sido siempre los preferidos para escoltar caudales que les confían para que los conduzcan á diversos puntos del Estado.

Desde el tiempo virreinal han peleado con los Apaches de quienes son enemigos.

En tiempo de la invasión francesa pelearon, como los Ópatas, unos á favor y otros en contra del llamado Imperio; pero por regla general son adictos al Gobierno constituido y le sirven con gusto y con lealtad.

Muy rara vez se han levantado en armas, y cuando lo han hecho ha sido casi siempre movidos por los diversos bandos políticos del Estado.

En la historia de las misiones se relata una terrible sublevación de ellos debida al despotismo y malos tratamientos de un mayordomo Ópata; sublevación que costó la vida al venerable padre Saeta, que cayó atravesado por dos flechas en la puerta de su casa, en la misión de Caborca, y murió abrazado á una imagen de Cristo Crucificado rogando á Dios por la conversión de sus asesinos.

En la actualidad, los habitantes de la Pimería Alta están de tal modo mezclados con la raza blanca, que sería muy difícil distinguirlos.

Entre los de la Pimería Baja, pueden todavía encontrarse algunos que conservan la pureza de su raza; pero es muy probable que dentro de algunos años estarán de tal modo confundidos con los blancos y de tal modo civilizados, que se hará imposible diferenciarlos.

Los Pápagos pertenecen á la misma raza que los Pimas, su lengua es la misma, con insignificantes variaciones; y la diferencia de costumbres y de cultura que los separa, es debida sin duda á la mayor atención que los misioneros pusieron en la educación de los Pimas; pues los Pápagos habitaban comarcas más distantes hácia el Norte y Oeste de la Provincia y estaban más cercanos á las tribus salvajes que tenían por vecinas.

Sea como fuere, los Pápagos se han resistido más á reducirse por completo á la vida civilizada, no han formado poblaciones permanentes y muy poco se han mezclado con la raza blanca.

Actualmente viven en rancherías diseminadas en los vastos terrenos del Distrito del Altar, siendo las principales: Quitovac, Carrizito, Pozo Verde, Cóbota, Chupibai, Cubabi, Carrizito de la Aribaipa, La Nariz, Pozo Prieto, San Luis, Plomo y Cumarito.

Cerca de la línea divisoria con los Estados Unidos se encuentra So-

noita, pequeña población habitada por los Pápagos, y en territorio americano se encuentran otras rancherías que pertenecen á la nación vecina desde que en virtud del tratado de Guadalupe en 1848 perdimos el Arizona.

En 1840 se sublevaron los Pápagos por motivos que se ignoran, y fué necesario emprender una formal campaña para someterlos al orden; pero desde esa fecha no han vuelto á sublevarse.

Son y han sido siempre enemigos acérrimos de los Apaches á quienes hacen una guerra sin cuartel cuando se encuentran con ellos, y es probable que á esto se deba el que esos salvajes se hayan retirado del Distrito del Altar, á donde no penetran desde hace muchos años por temor á la persecución de los aguerridos Pápagos.

Estos indios, entre los cuales hay algunos que poseen bienes de campo y pueden considerarse ricos, viven generalmente de la caza, de la cria de ganado, de la agricultura y de las frutas del campo, algunas de las cuales saben conservar por mucho tiempo.

Con la pitahaya hacen miel muy agradable que venden en las poblaciones inmediatas; saben fabricar telas de algodón para vestirse y curtir las pieles de los animales que cazan; como cazadores son muy diestros y los únicos capaces de competir en algunos casos con los Seris.

Saben también extraer la sal que venden con facilidad y explotan las salinas de La Soledad, El Pinacate y La Cascarita.

Los que viven cerca de la línea divisoria, están muy en contacto con los americanos; algunos de ellos hablan inglés y castellano además de su idioma, y tanto éstos como los que viven en los Estados Unidos tienen grande simpatía por México y prefieren la nacionalidad mexicana.

Los Yaquis y los Mayos, que ocupan una de las comarcas más fértiles y ricas del Estado de Sonora, pertenecen indudablemente á una misma raza y hablan los dialectos de un mismo idioma, el cahita, que ha sido clasificado por eminentes filólogos como miembro de una familia lingüística y procedente del grupo llamado mexicano-ópata, á la que pertenecen el Pima, el Endeve, el Ópata, el Tepehuan, el Tarahumar y algunos otros.

Este idioma, que probablemente se formó del habla de los aborígenes de Sinaloa, influida y profundamente modificada por los Nahoas,

tiene tres dialectos: el Yaqui, hablado por la tribu que habita las márgenes del río del mismo nombre y que hoy pertenece á Sonora; el Mayo, usado por los indios que viven en las márgenes del río Mayo, y el Tehueco, que era el nativo y corriente en varias tribus establecidas á orillas del Río del Fuerte.

La gran extensión de terreno que forma los territorios Yaqui y Mayo llegará un día á ser fuente de incalculable riqueza para nuestro país, pues en las riberas de los dos ríos que la riegan hay tierras muy férciles que pueden producir enormes cosechas de maíz, algodón, trigo y caña de azúcar. Los bosques que allí existen son de un valor incalculable, y entre ambos ríos hay terrenos inmejorables para la cría de toda clase de ganados.

Por desgracia los Yaquis jamás han consentido en someterse al Gobierno, y sus continuas guerras y sublevaciones han hecho que hasta ahora permanezca improductiva una región que por su benigno clima y su increíble fertilidad podría ser la primera entre las regiones agrícolas de nuestro suelo.

Ni los Yaquis, ni los Mayos pueden considerarse como salvajes, pues durante largas temporadas permanecen en contacto con los blancos, trabajando á jornal en toda clase de labores; muchos de ellos hablan español y casi todos han adoptado las ceremonias religiosas del catolicismo; bautizan á sus hijos y se casan ante los ministros católicos.

Sus principales alimentos son la carne, el maíz, el frijol y el mezcal, cuyo tronco comen después de cocido en hornos especiales que construyen en el suelo y á los que llaman mayas.

Son muy hábiles para tejer telas de lana y algodón en imperfectos aparatos que ellos mismos construyen; casi todos van vestidos con dichas telas, ó con manta, indiana, ó rebozos que compran en las poblaciones.

Durante las cortas temporadas que permanecen en paz, se dedican á la agricultura y á la cría de ganado que aumentan con los animales que roban; fabrican finos petates, sombreros de palma, escobas y canastos de mimbre y de carrizo; extraen tinte del añil que en sus terrenos se produce en abundancia, adoban pieles de animales, cosechan miel de las colmenas y explotan hasta donde su cultura se los permite los elementos de aquella rica y exuberante región en donde habitan.

Son muy notables por su resistencia á las fatigas y son bastante inteligentes; como marineros son los mejores de la costa, ellos son los pescadores de perlas en el Golfo, los albañiles en las ciudades, los traba-

jadores en las haciendas, y, en una palabra, ellos son el verdadero pueblo trabajador de Sonora.

He visto á los yaquis manejar el arado en el campo, la dinamita en las minas y las máquinas de vapor en los establecimientos industriales.

Son sanos, muy robustos y generalmente moralizados en sus costumbres privadas, aunque son como casi todos los indígenas de nuestro país, muy dados á la embriaguez.

Como los Ópatas y los Pimas han tomado parte en todas las contiendas civiles del Estado y en las guerras contra los invasores, y siempre se han portado como buenos y valientes soldados.

Aunque muy amantes de su suelo y de su sangre, el contacto con los blancos ha hecho que se mezclen con ellos, y existen en Sonora algunas familias producidas por el cruzamiento de las dos razas.

El excesivo amor que los Yaquis tienen á su independencia, la facilidad con que despiertan en ellos los instintos feroces y salvajes cuando vuelven á las motañas para combatir con los blancos, el odio profundo é implacable que profesan á éstos, exacerbado, en honor de la verdad, por la avaricia y el despotismo de la raza blanca, son los factores que han siempre impreso á las campañas del Yaqui, el carácter feroz y sanguinario de las guerras de castas.

Por la breve exposición que he hecho se comprende la importancia de un estudio completo y concienzudo de las interesantes tribus que pueblan una gran parte del Estado de Sonora.

Si la insuficiencia de mis recursos y las inmensas dificultades con que se tiene que luchar para estudiar los caracteres de razas semisalvajes, diseminadas en una comarca tan extensa como la que ocupan las tribus de que he hablado, no me permiten dar á esta obra la magnitud que merece, quédame, al menos, la satisfacción de haber estimulado con mi ejemplo á los hombres de ciencia de mi patria, para que ellos, con superiores dotes y mejores elementos, se empeñen en realizar lo que yo no he podido.

Si las generaciones pasadas nos han legado una considerable herencia de datos antropológicos é históricos acerca de los hombres que nos precedieron, justo es que á nuestra vez procuremos dejar á las generacio-

nes futuras una herencia semejante, cumpliendo así con el más sagrado de los deberes: contribuir con todas nuestras energías al adelanto de la ciencia y al progreso de la humanidad.

Ya algunos distinguidos y sabios extranjeros han venido á México y con la poderosa cooperación de sus liberales Gobiernos, han estudiado algunas de nuestras razas indígenas y han llevado á cabo trabajos que, como el de W. J. McGee sobre la tribu Seri, honran tanto al autor como al Instituto Smithsoniano que lo ha patrocinado.

Nuestro actual Gobierno, que no omite sacrificio alguno para realizar la gran obra de regeneración y de progreso iniciada por el altruista General Porfirio Díaz, me ha prestado con gusto su valioso apoyo, y gracias á él he podido venir á Sonora y escribir el presente libro, que es mi humilde contribución á dicha obra y el exiguo contingente que mis escasas fuerzas me permiten ofrecer á la juventud estudiosa de mi país.

Hermosillo, Septiembre 16 de 1901.



